

PARALELOS ARQUITECTÓNICOS ENTRE LA MESETA NORTE Y EL ALTO TAJO DURANTE LA II EDAD DEL HIERRO

M.^a Concepción Blasco Bosqued
M.^a Ángeles Alonso Sánchez

Son muchos los autores que, al estudiar la II Edad del Hierro en la Meseta, han hecho referencia a la dificultad que existe para precisar unos límites exactos del mundo celtibérico, no existiendo ni siquiera un acuerdo unánime sobre qué tribus lo integran. La causa de este hecho estriba en que, generalmente, se utilizan para ello los datos históricos y éstos, sin ser despreciables, resultan muchas veces poco precisos. Por todo ello F. Wattenberg apuntaba que el problema fundamental «no es el de aceptar las valoraciones de algunas fuentes, sino el de justificarlas»¹.

Un criterio similar mantiene al Prof. Maluquer al decir que para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta «la filología y la historia aportan gran número de datos, no por tardíos despreciables. Pero esa misma abundancia de fuentes obliga a una mayor cautela en su utilización, no siempre tenida en cuenta por los autores»². Insiste además en que no conviene mezclar los datos arqueológicos con los procedentes de las fuentes literarias, las cuales, al ser muy tardías, deben ser verificadas y completadas con la arqueología, cuya importancia es fundamental para conocer el desarrollo de estos pueblos³. Por ello creemos necesario insistir en la importancia de los trabajos de campo destinados a dar a conocer yacimientos relacionados con las etapas de formación del mundo celtibérico, muy especialmente en las áreas margina-

les, con el fin de obtener alguna luz sobre las verdaderas zonas de actuación de aquellas gentes.

Sabemos por las fuentes que una de las áreas de expansión celtibérica en los siglos III y II a.C. fue la Carpetania, aunque tanto aquí como en la Bética y Levante, supone el Prof. Blázquez que se trataba de «anecciones temporales logradas por las armas, de relaciones de clientela o de incursiones de saqueo»⁴. Falta sin embargo saber si estas relaciones existieron en el momento de la formación del mundo celtibérico y cuál pudo ser la intensidad de los contactos, los cuales debieron ser más importantes en la zona fronteriza, en la que se encuentra el Alto Tajo, y más concretamente la red fluvial del Jarama-Henares-Manzanares, perteneciente en gran parte a la actual provincia de Madrid, donde los estudios arqueológicos han puesto de relieve, desde hace ya unos años, la gran afinidad cultural que existió durante la Edad del Bronce entre esta área y la Meseta Norte, hecho que parece relacionado con las necesidades de la cabaña, en una población preferentemente pastoril.

La idea de que en la II Edad del Hierro los pueblos de la Meseta «aún no han dejado completamente la vida nómada»⁵ parece confirmarse con los datos que la arqueología nos ha brindado en el yacimiento madrileño de Fuente el Saz del Jarama, datable en los siglos IV-III a.C.. Aunque son varias las aportaciones de este yacimiento en orden a confirmar que esta área,

¹ WATTENBERG, F.: *Los problemas de la cultura celtibérica*, en «Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica». Pamplona 1960, p. 152.

² MALUQUER DE MOTES, J.: *Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta*, en «Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica». Pamplona 1960, p. 126.

³ MALUQUER DE MOTES, J.: [2] p. 127.

⁴ BLÁZQUEZ, J.M.: *La expansión celtibérica en Carpetania, Bética, levante y sus causas (siglos III-II a.C.)*, en «Celticum», «Actes du Second Colloque International d'Etudes Gauloises, Celtiques et Protoceltiques» Chateaufort 1961, (Rennes 1962), p. 426.

⁵ PRIETO ARCINIEGA, A.M.: *La organización social de los celtiberos*, en «Segovia y la Arqueología romana», Barcelona 1977, p. 330.

durante ese periodo, seguía estando en íntima relación con la Meseta y más concretamente con el área de los grandes castros de Cogotas y Chamartín de la Sierra, pensamos que resulta especialmente significativo traer aquí las semejanzas que existen desde el punto de vista arquitectónico y urbano, ya que es éste un aspecto que no puede explicarse por simples intercambios comerciales, sino que debe ser interpretado como indicio de relaciones culturales muy estrechas.

Aunque la bibliografía arqueológica sobre la II Edad del Hierro en la Meseta es ya relativamente abundante, la mayoría de los datos que nos proporciona se refieren o bien a materiales procedentes de prospecciones de superficie o bien a resultados de catas estratigráficas que generalmente abarcan una superficie muy limitada, y en las que raramente se llega a poner al descubierto estructuras completas. La situación se agrava a causa del tipo de materiales empleados en la construcción en este momento, de muy escasa consistencia, lo que impide que lleguen hasta nosotros en un grado de conservación aceptable, por lo que el conocimiento que tenemos del urbanismo y la arquitectura de este periodo se reduce a unos pocos ejemplos que resultan insuficientes para obtener un panorama completo de este importante aspecto de la Arqueología meseteña de la II Edad del Hierro.

La ubicación del yacimiento de Fuente el Saz del Jarama, en la cuenca de este río, próximo al Puerto de Somosierra, en un punto clave de una de las principales vías de comunicación que pone en relación las dos mesetas, es ya una característica típica de la situación de muchos castros de la Meseta⁶. Sin embargo existen diferencias notables con respecto a ellos, como son la total ausencia de arquitectura defensiva y su fácil acceso, por lo que más bien hay que identificarlo como un pequeño caserío, semejante a los que siguen manteniéndose en época celtibérica más avanzada⁷, relacionado sin duda con una agricultura itinerante o incluso con unas necesidades pastoriles.

Desgraciadamente las estructuras y características de este tipo de establecimientos apenas son conocidas en yacimientos de la Meseta Norte, pero Fuente el Saz parece demostrar que, salvo en la arquitectura defensiva, existen claras semejanzas con los núcleos

de población de gran tamaño. Sin embargo, los paralelos más estrechos hay que buscarlos no con los establecimientos situados en las estribaciones montañosas, como pueden ser los castros abulenses, en los que la solidez de su arquitectura se ve favorecida por la abundancia de piedra, sino con los asentamientos de los valles, como Soto de Medinilla, cuyas características litológicas determinan el empleo masivo y casi exclusivo del adobe.

Las estructuras arquitectónicas de Fuente el Saz del Jarama

Los aproximadamente, 900 m² que debieron nivelarse para la primera ocupación humana no han proporcionado más que una única estructura (Figura 1 y Lámina Ia y b) erigida casi en el centro de esta superficie. Dicha estructura presentaba una planta cuadrangular de 3 m. de lado en su espacio interior, y se levantaba sobre un basamento realizado con una única hilada de grandes cantos de río (Lámina Ib), colocados de forma transversal al eje longitudinal y trabados exclusivamente con barro. Estos cantos tenían unas dimensiones medias de 0,17 ms. de altura por 0,30 de anchura y 0,35 de longitud; esta última medida daba, lógicamente, la anchura media del basamento. Este sistema de cimentación, realizado con el único tipo de piedra que proporciona la zona, se ha perpetuado en la arquitectura rural de esta región hasta nuestros días, y tenemos además constancia de que fue empleado también en época romana, como lo evidencia el cercano yacimiento de Valdetorres del Jarama, que presenta como única diferencia la utilización de mortero para trabar los grandes guijarros, así como también la colocación de una doble hilada de piedras, lo que da en esta cimentación una anchura sensiblemente mayor⁸. Se trata de un tipo de basamento no utilizado en Soto de Medinilla, donde los refuerzos, tanto de las viviendas como de las murallas, se hicieron a base de empalizadas. Tal es el caso de las estructuras de los niveles inferiores de este yacimiento cuyas paredes, al igual de lo que ocurre en el yacimiento madrileño, presentan una única fila de adobes. Los niveles superiores de Fuente el Saz, sin embargo, no presentan este

⁶ ABÁSULO, J.A. y RUIZ VÉLEZ, I.: *El conjunto arqueológico de Ubierna. Contribución al estudio de la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. B.S.A.A. Valladolid, 1969. p. 168.

⁷ WATTENBERG, F.: En las páginas 154-155 apunta la existencia de tres tipos de núcleos: ciudades, castillos y caseríos, de los que sólo los dos primeros tienen una posición defensiva.

⁸ ARCE, J., CABALLERO ZOREDA, L. y ELVIRA, M.A.: *Valdetorres de Jarama (Madrid). Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas. Primera campaña 1978*. Madrid 1979, p. 6.

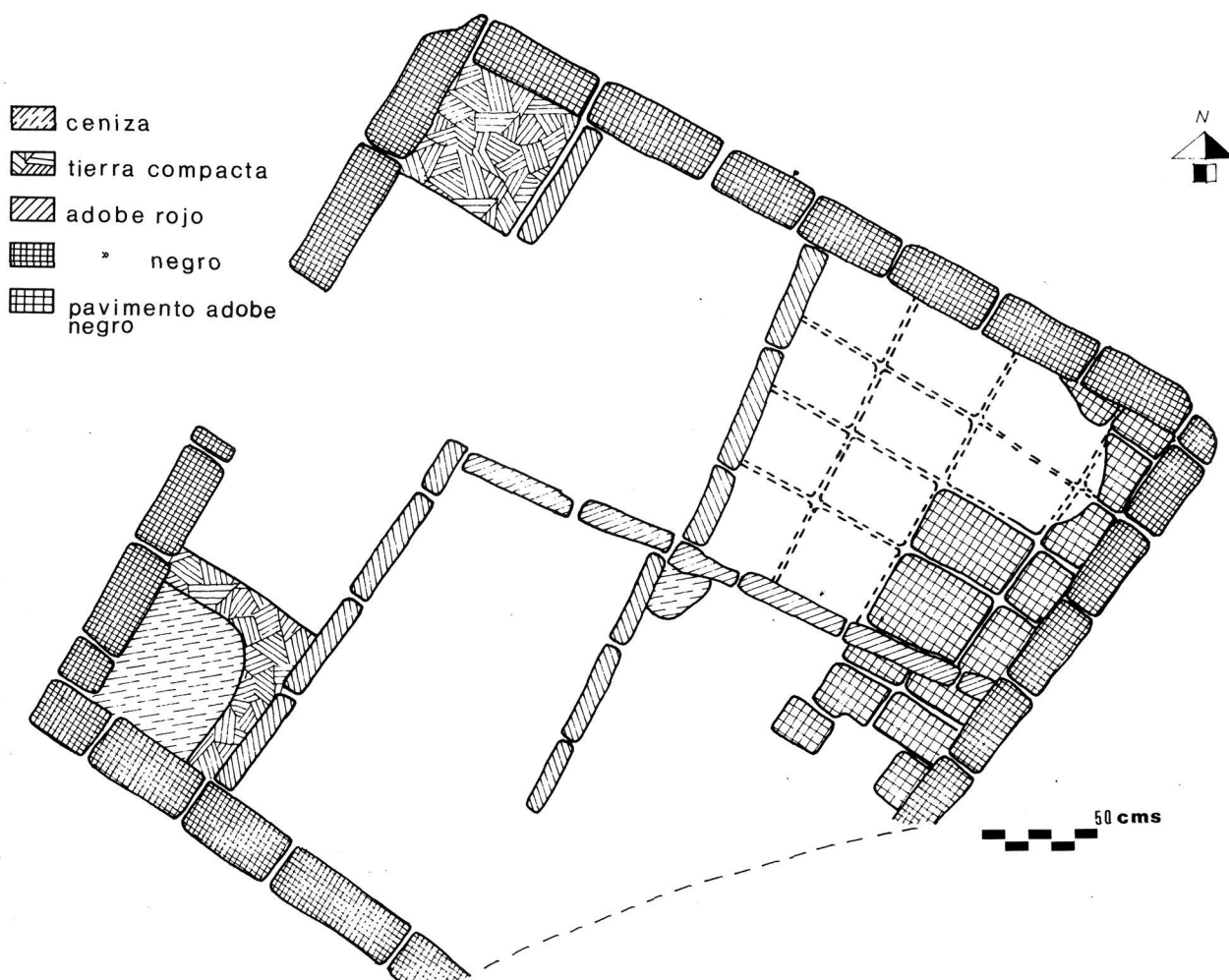


Figura 1. Planta de la estructura cuadrangular del nivel inferior.

tipo de cimentación, que es sustituida por una doble hilera de adobes en la parte inferior de las paredes.

Los muros, conservados en algunos casos hasta una altura de 1,50 m., están realizados con adobes de un uniforme color negruzco, y unidos entre sí con un barro de tono amarillento. Dichos adobes habían sido confeccionados a caja, con unas medidas regulares de 0,47 ms. de longitud, 0,25 de anchura y 0,075 de alto. Dado que se disponen en una sola hilada, la anchura de los muros es la de los propios adobes (0,25 ms.). Tanto interior como exteriormente estuvieron recubiertos por un somero enlucido color verdoso que se ha conservado, aunque de modo desigual, en algunas zonas. En los lienzos conservados no aparecen vanos de aireación e iluminación, que posiblemente no existieron, pero se conserva en cambio la puerta de acceso, orientada al noroeste y perfectamente centra-

da en ese lienzo de pared, a 1,40 ms. de cada una de las esquinas. Su anchura es de 0,80 ms.

En el interior de la estructura destacaba la presencia de dos hogares (Lámina IIa), adosados a los respectivos ángulos del lienzo de pared en el que se abría la puerta de acceso. Estos hogares se levantaban sobre sendas plataformas hechas con adobes del mismo tipo de los empleados en las paredes que, al igual que aquellos, estaban revestidos por un fino enlucido de color verdoso. Estos poyetes presentaban una doble hilada de adobes, colocados horizontalmente, de idénticas dimensiones a los de los muros, por lo que alcanzaban una altura de 0,15 ms., ocupando una superficie cuadrangular de 0,80 ms. de lado, que solamente se conservaba íntegramente en el situado hacia el lado sur. No parece que estos «fuegos» llegaran a tener un uso reiterado, ya que ni la tierra de su base aparecía endu-

recida por las altas temperaturas, ni había indicios de humos en los muros en los que se apoyaban. Únicamente la zona central de las plataformas tenía una pequeña cubeta colmatada con algunas cenizas muy sueltas.

El pavimento de esta estructura arquitectónica estuvo, en un principio, constituido únicamente por tierra mezclada con finos guijarros, sobre la que se echó una capa de tierra sin piedras. En el medio descansaban los restos de un hogar arrasado en un momento determinado, para sobre él hacer posteriormente un segundo pavimento algo más alto. Los restos de ese hogar vaciado estaban casi en el centro geométrico de la habitación. En un determinado momento se rehizo el piso con losas de adobes planos de 0,40 ms. por 0,30 de lado, que contrastaban por sus colores rojizos o verdosos con el tono negruzco de los adobes de las paredes y de los apoyos de los hogares. Este suelo, muy mal conservado, cubrió totalmente la primera superficie de la casa, elevando su nivel, lo que provocó, en este momento, la necesidad de colmatar el umbral de la puerta con piedras, a manera de escalón. A esta misma fase corresponde la realización de los estrechísimos muretes interiores (de 0,07 ms. de grosor), hechos con losas de adobes de características semejantes, por su tamaño y coloración, a las que se emplearon para cubrir el suelo. Estos adobes se colocaron verticalmente, creando hasta seis compartimentos de dimensiones reducidas y formas cuadrangulares o rectangulares, cuyos ejes máximos oscilaban entre los 1,80 ms. y los 0,70. Al hacer esta división es obvio que se respetaron los hogares colocados junto a los ángulos, limitándolos por un tercer flanco con sendos muros, de forma que ya sólo eran accesibles por el cuarto lado. Estas exiguas medianeras se conservaban, como máximo, hasta los 0,40 ms. de altura y estaban empujadas en los muros perimetrales, rompiendo una pequeña capa de la cara interna de la pared.

En relación a otros yacimientos, no nos es posible comparar la orientación ni la dimensión de la puerta de acceso al edificio, ya que en otros conjuntos aparecen los muros arrasados hasta sus cimientos. Tampoco resulta fácil contrastar las dimensiones de los adobes, pues desconocemos los módulos empleados. Sin embargo parece que en los niveles inferiores de Soto de Medinilla (calculando las medidas a través de la planimetría publicada) se usaron adobes de tamaños similares a los de Fuente el Saz, aunque a diferencia de éstos, no eran perfectamente regulares, posiblemente por la carencia de molde en su confección. En cambio sí son paralelizables los pavimentos con losas de adobe y los detectados en Soto I y Soto II, así

como la necesidad de reparación de este tipo de pavimentos. Por el contrario, los hogares levantados sobre plataformas de adobes, hallados en Fuente el Saz, contrastan con los del yacimiento vallisoletano, donde éstos se encajan en un hueco que deja abierto el pavimento⁹.

El hecho de que esta estructura, en un determinado momento, se compartimentó en pequeñas celdas rectangulares, nos hace pensar también en los pequeños silos de Soto, aunque aquí su funcionalidad no es tan clara, por falta de restos orgánicos, y porque, a diferencia de aquéllos, no se trata de cubículos exentos. Pero quizá la mayor diferencia con respecto a ese yacimiento la encontramos en la planta cuadrangular, que nos lleva a buscar paralelos más próximos en los castros abulenses, con los que también muestra mayor afinidad el material mobiliario.

En la segunda fase constructiva, todos los muros siguen siendo rectilíneos, estando orientados en la misma dirección que la estructura inferior, a excepción de uno que es claramente curvo. Este aparece superpuesto a la zona noroeste de la estructura inferior, de la que sólo le separa el fino estrato de nivelación. Debíó corresponder a un edificio de planta circular, del que sólo se conservaba, aproximadamente, la mitad de su perímetro (Figura 2). Estaba realizado con una única hilada de adobes de tonalidades rojas, verdes y marrones, bastante menos compactos que los de la fase anterior, lo que favoreció la mala conservación, impidiéndonos muchas veces aislar las distintas unidades que formaban cada una de las hiladas. En la parte baja, a la altura de las dos últimas filas, pudimos comprobar la existencia de otra hilada más, concéntrica al muro y colocada hacia su interior: no sabemos si se trataba de un estrecho banco corrido, adosado al muro, tan habitual en otros yacimientos, o si hay que interpretarlo como un simple refuerzo que cumpliría la misión de basamento, ya que los adobes apoyaban directamente sobre el suelo, sin ninguna otra cimentación. El espacio interno de esta estructura tenía un diámetro de sólo 2,70 ms., y dentro de él no aparecieron hogares ni ningún otro tipo de elementos propios de una vivienda. Así mismo carecía de pavimento y de cualquier preparación del suelo.

Aproximadamente a cinco metros de este muro, en dirección E., pudimos localizar los restos de una pared rectilínea, que debíó corresponder a una habitación de planta rectangular o cuadrangular, cuya al-

⁹ PALOL, P. y WATTENBERG, F.: *Carta arqueológica de España*. Valladolid 1974 p. 189.

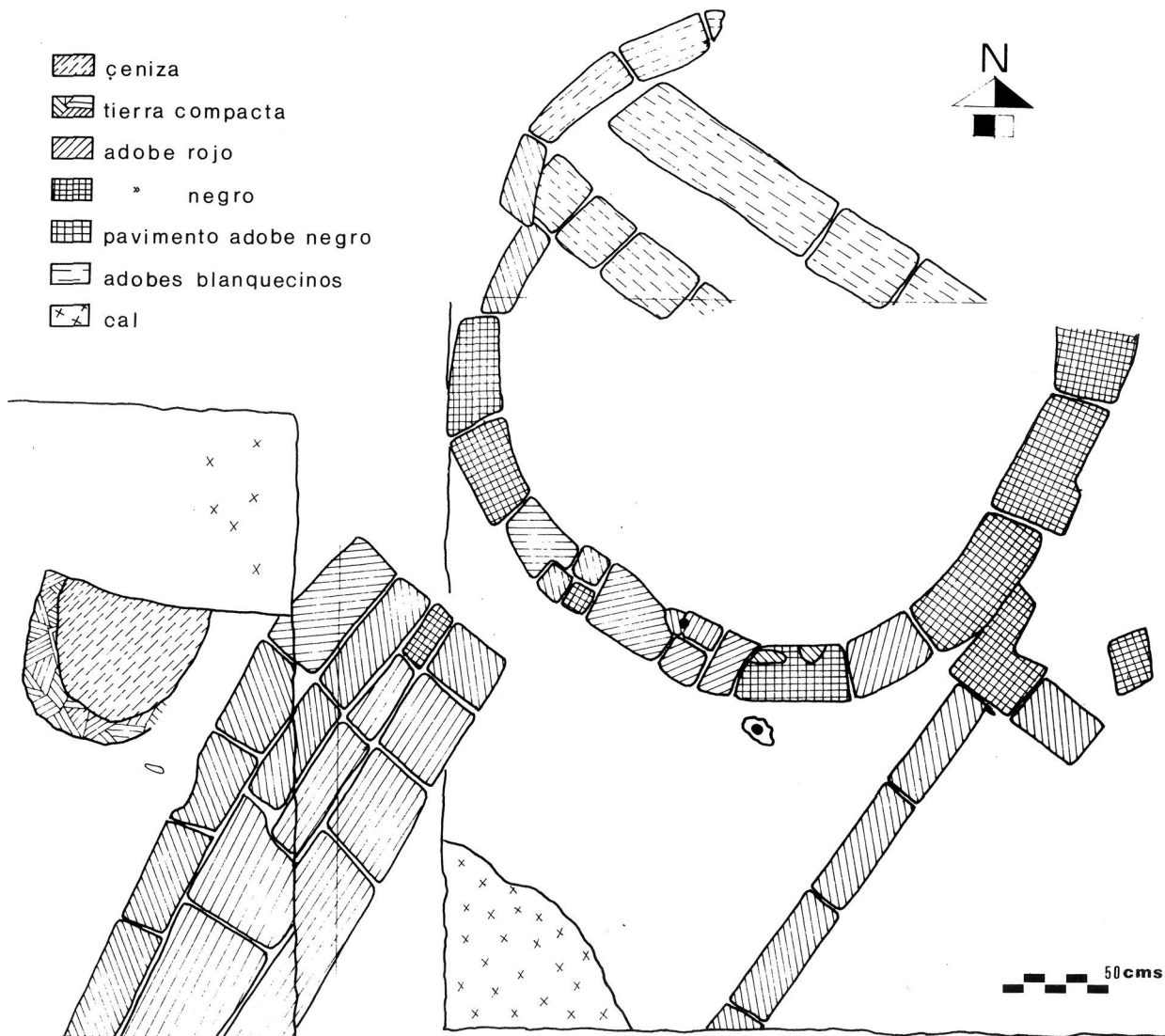


Figura 2. Planta circular, restos de muros rectilíneos y parte de hogar del II nivel.

tura máxima conservada era de 0,60 ms. y su longitud de 1,50, la cual no permitió determinar, ni siquiera aproximadamente, las proporciones de la estructura a la que perteneció. Como en el caso del muro circular, los adobes eran de distintos tonos y aparecían bastante deshechos, por lo que no fue posible determinar sus cajas y medidas. Como el resto de los muros descritos, estaba realizado con una sola hilada de adobes, salvo en algunas zonas de la parte baja donde había una segunda fila paralela, hecho que, al igual que en el muro circular, puede interpretarse como un banco adosado o como un refuerzo de la pared en su parte baja, que supliría la ausencia de otro tipo de cimentación.

A 1,40 ms. al suroeste de este muro, y a la misma profundidad de su base (1,60 ms. bajo el nivel del punto cero), apareció un hogar exento perfectamente conservado (Lámina IIb), que pudo haber ocupado, como en Soto de Medinilla¹⁰, el centro de la habitación a la que pertenecieron los restos del muro que acabamos de describir. Como los hogares de la estructura inferior, se levantaba sobre una plataforma de adobes, en este caso de tonos rojos o verdes, de grandes dimensiones, pero no siempre idénticos; los más largos alcanzaban los 0,55 ms. y los más anchos tenían 0,25 ms. La plataforma, de forma rectangular, presentaba

¹⁰ PALOL, P. y WATTENBERG, F.: [9] Fig. 62 a 65.

una superficie de 1 por 0,75 ms. y estaba realizada por una serie de adobes horizontales sobre los que se levantaba, sólo en la zona periférica, a modo de orla, una segunda hilada, que dejaba en el centro un espacio rectangular de 0,60 por 0,43 ms.. Esta parte interior más hundida es la que se utilizó como lecho de hogar propiamente dicho, y en ella se colocó un suelo de guijarros perfectamente encajados, de unas dimensiones entre 6 y 8 centímetros. En realidad toda esta estructura de adobes cumplía la misma misión de aislar y proteger el fuego que, en otros casos, se consigue por medio de piedras¹¹. A diferencia de los hogares adosados a la estructura de la primera fase, era evidente una reiterada utilización del hogar, ya que no sólo algunos de los cantos del lecho habían estallado por el calor sino que también la fina capa de tierra que se había acumulado sobre ellos, aparecía totalmente endurecida y presentaba un color rojo intenso.

La estructura más completa y compleja de esta fase estaba situada a unos 10 ms. al sur, tanto del muro circular como del hogar exento que acabamos de describir. Esta estructura presentaba planta rectangular (Lámina 1c), con unas dimensiones de 2,30 por 6 ms. de lado, superficie sensiblemente inferior a las de las viviendas de Sanchorreja, de cronología más alta¹². Los muros estaban realizados con doble hilada de adobes, lo que les proporcionaba un espesor de 0,50 ms.. Además, por primera vez encontramos indicios de cubierta, que debió de ser a dos aguas, ya que a la altura de la parte superior de las paredes conservadas, había una huella de 0,20 ms. de anchura y rectilínea, bastante oscura, que dividía longitudinalmente en dos mitades iguales toda la habitación; esta huella pudo corresponder a la viga superior que separaría las dos vertientes de la techumbre.

El espacio interno de la estructura constaba de una habitación rectangular de 3,40 ms. por 2,30 de lado, la cual estaba precedida de un pequeño vestíbulo de 1 por 0,80 ms., centrado en uno de los muros cortos, el orientado al sudeste, exactamente en dirección opuesta a la puerta de la estructura inferior. Al extremo contrario de esta entrada, en la zona correspondiente a la cabecera de la sala, había cuatro pequeños compartimentos de 1,30 por 1,15 ms. de lado, co-

locados dos a dos, los cuales tenían su base al mismo nivel que la de la gran sala (1,70 ms. de profundidad con respecto al punto cero), pero no sabemos si los muretes que los separaban alcanzaban la misma altura que las paredes de cierre, pues en el momento de la excavación eran ligeramente más bajas que éstas. Estos muretes que dividían dichos compartimentos, a diferencia de los muros exteriores, estaban realizados con un única hilada de adobes, muy mal conservados, teniendo una anchura de sólo 0,15 ms.. En principio, dadas las exiguas medidas de los cuatro compartimentos, pensamos que su misión había podido ser la de servir de almacenes, pero tampoco aquí hemos encontrado restos vegetales ni grandes recipientes, ni siquiera otro tipo de material en proporciones importantes.

El único suelo encontrado en esta estructura fue una capa de tierra apisonada sobre la que, en el centro de la estancia de mayores dimensiones, había una zona ennegrecida que interpretamos como posibles restos de un hogar, del que no quedaban ni adobes ni piedras de apoyo.

Así pues, la estructura que acabamos de describir nos muestra una planta con tres elementos bien diferenciados:

- a) El vestíbulo que, a diferencia de lo que ocurre en otros casos, ocupa sólo la mitad de la anchura total del edificio, situándose exactamente en el centro de la fachada donde se abre la puerta.
- b) Una sala rectangular de 7 m² de superficie, que debió ser el lugar de habitación propiamente dicho, con el hogar en el centro.
- c) Cuatro pequeños compartimentos ocupando la cabecera, que muy bien pudieron haber tenido la función de despensa o alacena, a pesar de que su excavación no proporcionó materiales que lo confirmen.

Se trata por tanto de una organización del espacio de la vivienda que la encontramos a partir del IV estrato de Cortes de Navarra, donde además del vestíbulo y la vivienda propiamente dicha, aparece también por primera vez la despensa, separada como aquí por muros más estrechos que los exteriores. Su función allí resulta indudable por la existencia de gran cantidad de recipientes llenos de alimentos¹³. La única diferencia estriba en que en el Cerro Redondo los compartimentos situados en la cabecera son cuatro, lo que lo convierte en un caso singular.

Este tipo de casa cuyos paralelos y precedentes fueron ya estudiados por el Prof. Maluquer, se gene-

¹¹ LLANOS, A.: *Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro*. «Estudios de Arqueología alavesa», n.º 6, Vitoria 1974. En página 119 y ss. se refiere a distintos tipos de hogares cercados o levantados por piedras.

¹² MALUQUER DE MOTES, J.: *El castro de los castillejos de Sanchorreja*, Ávila 1958. En p. 32 hace referencia a diversas medidas de casa, que oscilan entre los 42 m² y 16 m².

¹³ MALUQUER DE MOTES, J.: *El yacimiento ballstático de Cortes de Navarra*. Estudio crítico I. Pamplona 1954, T. I, p. 156.

raliza en la Edad del Hierro en una amplia zona de Europa y es adoptada también por grupos celtibéricos tardíos de la Meseta, como se desprende de la reconstrucción de una vivienda de Numancia hecha por A. Schulten¹⁴. Aunque no sabemos exactamente cuándo aparece en esta área, podemos apuntar que esta estructura de Fuente el Saz contenía un fragmento de cerámica ática de comienzos del s. IV, y otro de barniz rojo de cronología similar, fechas que resultan semejantes a las de Soto II, donde, aunque no aparece este mismo esquema de vivienda, si están presentes todos sus elementos, pues concretamente la casa número 2 posee un pequeño vestíbulo trapezoidal y próximo a ella, se levantó un pequeño silo con triple compartimentación, si bien era exento, hecho que puede deberse a la planta circular de la vivienda¹⁵.

Con respecto a la tercera y última fase constructiva pudimos constatar la existencia de dos hogares de planta oval, de 0,60 por 0,80 ms., cuya base estaba constituída por un lecho de guijarros de escasas dimensiones (en torno a 1 cm.). Sobre ellos había una fina capa de tierra muy endurecida y roja, debido a las altas temperaturas soportadas. En ninguno de los dos casos había evidencias de que hubieran existido plataformas de adobes similares a las encontradas en los niveles más profundos.

La totalidad de los restos de muros pertenecientes a esta fase eran rectilíneos y tenían una orientación semejante a los de las etapas precedentes (nordeste-sudoeste), sin que se hayan podido precisar las medidas ni la situación de los vanos de acceso, ni la distribución del espacio interior. Una novedad con respecto a las fases anteriores es la relativa abundancia de vetas de cal, lo que nos hace pensar que algunos de los suelos pudieron estar realizados con este material, utilizado por otros pueblos peninsulares de nuestra protohistoria¹⁶. Sin embargo parece que no se abandonó enteramente el sistema de solado utilizado en fases anteriores, pues aparecieron también, con relativa frecuencia, superficies cubiertas por adobes planos, anchos y no muy largos (unos 0,30 por 0,40 ms.), que interpretamos como posibles restos de pavimentos.

¹⁴ SCHULTEN, A.: *Historia de Numancia*. Barcelona 1945, p. 232, fig. 11.

¹⁵ PALOL, P. y WATTENBERG, F.: [9] Fig. 66.

¹⁶ Este tipo de suelos con cal más o menos mezclada se utilizó en muchos de los poblados de nuestra protohistoria. Así pudimos comprobarlo, por ejemplo, en la excavación del poblado ibérico de Tiro de Cañón (Alcañiz, Teruel).

En las tres etapas apuntadas, las estructuras aparecían aisladas, adaptadas a la topografía del terreno y sin una ordenación acorde a un plano previamente establecido, hecho que se ve todavía más acusado al no existir un recinto amurallado que defina de manera clara el perímetro exterior, que debió estar marcado por la propia elevación del terreno. Esta falta de ordenación urbana es típica de los pueblos de la Edad del Hierro de la Meseta Norte, tanto de quienes utilizan planta circular como de quienes han adoptado la planta rectangular, frente al Valle del Ebro y el área mediterránea.

En síntesis podemos concluir que, a través de Fuente el Saz se deduce que al menos parte de la zona nororiental de la Meseta Sur, en torno al s. IV a.C. formaba parte del área de acción de los pueblos de la Meseta Norte, no sólo por una actividad comercial, sino por una presencia real de aquellas gentes, que se traduce en un modo concreto de arquitectura doméstica. Se trata de un urbanismo en el que prevalece la planta rectangular frente a la circular, aunque también ésta es utilizada en casos concretos, observándose así mismo una cierta heterogeneidad en plantas y distribución interna de los espacios, como si cada unidad se adaptara a necesidades concretas. En este sentido es posible que los paralelos más próximos haya que buscarlos en el área abulense, con la que, por otra parte, guarda también un estrecho paralelo en el material cerámico.

En cuanto a los materiales constructivos, los paralelos más próximos los encontramos, sin embargo, con el yacimiento de Soto de Medinilla, asentado en la terraza fluvial del Pisuerga, cuyas características litológicas son muy similares a las de la terraza del Jarama en la que se ubica Fuente el Saz, si bien se puede señalar entre ambos yacimientos una diferencia importante: el masivo empleo de madera en el conjunto vallisoletano frente a la carencia casi absoluta en el madrileño. En cambio, es común a estos dos establecimientos, el empleo de adobes de gran tamaño, con una longitud próxima al medio metro, aunque en Fuente el Saz son medidas normalizadas, lo que hace pensar en el empleo de cajas para su confección, hecho del que hasta hora no teníamos constancia, quizás debido a la mala conservación que suele presentar este tipo de material. Este mayor grado de desarrollo en las técnicas constructivas parece indicio de una organización social relativamente avanzada, con la posible existencia de especialistas.

Por otra parte, el yacimiento de Fuente el Saz nos muestra las características arquitectónicas de los pe-

queños caseríos celtibéricos, de los que habla Wattenberg, prácticamente desconocidos hasta el momento, que parece fueron un reflejo de los conjuntos urbanos de mayores proporciones. A pesar de la ausencia de datos arqueológicos, su existencia parecía obligada, dada la relativa inestabilidad que se ha detectado, a través de las fuentes históricas, en los pueblos de la meseta, en época avanzada, no sólo por la práctica de una agricultura itinerante «al no utilizarse instrumentos agrícolas adecuados, lo cual provocaba la ruina del suelo y planteaba la necesidad de establecerse en otro lugar hasta que, de nuevo, las circunstancias antes reseñadas obligaron a un nuevo desplazamiento», sino también por el peso que debía tener todavía la actividad pastoril que imponía una constante renovación de pastos. Ambas actividades han quedado confirmadas en Fuente el Saz: la primera, de forma indirecta —y un tanto problemática— a través de los posibles silos a que hemos aludido, y la segunda por los restos osteo-

lógicos, que reflejan un claro predominio de bóvidos, ovicápridos y suídos. En cambio la cabaña equina (asno y caballo) es sensiblemente inferior, debido sin duda a no ser utilizados para consumo. Sin embargo, la dieta proteínica de este grupo estuvo complementada de forma importante por la caza de ciervos y lagomorfos ampliamente representados.

Por último apuntar que la existencia del yacimiento de Fuente el Saz, perteneciente a un grupo claramente enraizado en los círculos culturales de la Meseta Norte, indica que esta zona fue uno de los vectores más importantes por donde se establecieron relaciones con el área mediterránea, lo cual queda demostrado por la indudable «iberización» de los materiales recogidos, entre los que aparecieron incluso dos fragmentos de cerámicas de importación, a los que ya hemos hecho referencia. Iberización que parece aumentar progresivamente a lo largo de la vida del yacimiento.

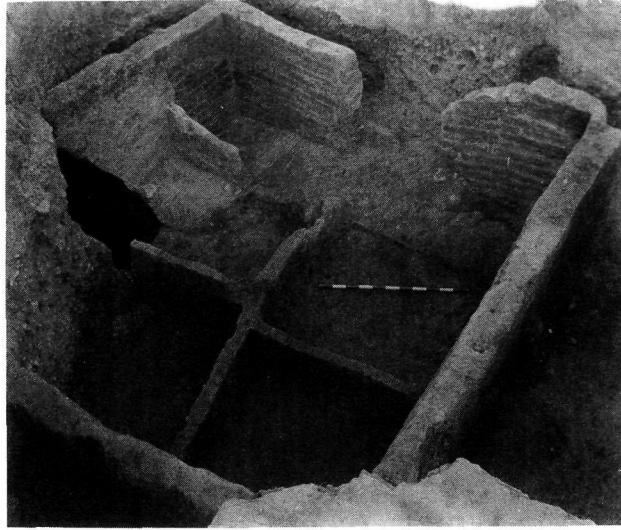


Lámina I. a) Interior de la estructura cuadrangular del nivel inferior. b) Detalle del aparejo exterior en el que se aprecia el basamento realizado con grandes cantos de río. c) Estructura rectangular del II nivel.

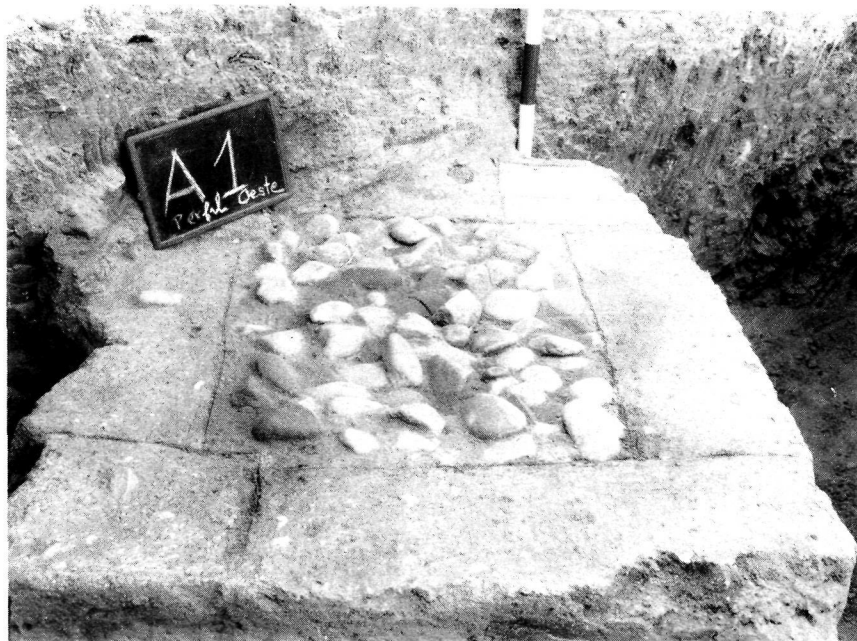


Lámina II. a) Detalle de uno de los hogares adosados al ángulo de la estructura cuadrangular del nivel inferior. b) Hogar rectangular exento perteneciente al II nivel.